

Unai Merino.

Iba en coche cuando, ya por décima vez, se me puso el semáforo en rojo. Odio los semáforos en rojo. Y lo peor es que siempre se ponen en rojo los mismos cuando hago la ruta de casa al trabajo. Para variar y ver si ganaba tiempo, probé otro camino. Iba algo más rápido pero aun así no ganaba mucho tiempo. Se me puso el semáforo en rojo. Que aburrimiento. Me asomé por la ventana para pasar el rato hasta que el semáforo se pusiera en verde.

Ahí estaba. Todavía estaba el colegio donde estudié, con el mismo color, igual de grande pero con las ventanas algo diferentes. ¡Qué tiempos! Cuando solo tenía doce años. Recuerdo el patio, donde tantas veces jugué al fútbol, como un chico con energía. Y mis amigos. Me gustaría saber qué ha sido de ellos y echar un partido como en los viejos tiempos. Se puso el semáforo en verde. Arranqué y seguí la ruta. Por el camino seguía pensando en la escuela. En todo lo que había vivido allí adentro y que no se volverá a repetir. Durante todo el día no pude quitar ese pensamiento de mi cabeza. Aquella vida infantil se me había terminado. Ya no había nada que hacer para que esas emociones de niño volvieran. Sería mejor olvidarlo. Olvidarlo para siempre. Mi infancia ya había muerto.